

# LITERATURA Y SOCIEDAD EN LA ÉPOCA FUNDACIONAL DE LA GUARDIA CIVIL

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ BÚRDALO  
General Jefe de la Guardia Civil  
en Castilla-La Mancha

Bajo el rótulo «Literatura y sociedad en la época fundacional de la Guardia Civil», trataré de interpretar aquella sociedad a través de su literatura o, para mejor precisar, a través de la obra de algunos escritores que llenaron con su novela, periodismo, teatro o poesía un período, un ciclo histórico que para el arte y la cultura, sobre todo, se ha convenido en llamar romántico; período cuya exacta cronología no entraré a polemizar, ni aun sus orígenes, foráneos o propios, la calidad de las influencias o las distintas clasificaciones. Si ya el vocablo resulta polisémico a juicio de muchos, bueno será, creo yo, eluda de estas reflexiones cualquier tentación de erudición de compromiso, con la que hurtaría a este espacio su intención primera, la cual, repito, es mirar el retrato social de una época, la de la fundación de la Guardia Civil, la de la primera mitad del siglo XIX, en su literatura.

Mas, si voy a referirme a un período inaugural, un elemental rigor metodológico aconseja cruzar el umbral del siglo mostrando en el momento del tránsito el equipaje del tiempo anterior. Considera Walter Jackson<sup>1</sup> que al final del siglo XVIII, del llamado «siglo de las luces», existía un sentimiento generalizado de cambio respecto de la herencia histórica recibida: en la razón no estará la esencia de la naturaleza humana, sino en el «yo» creador de un

---

<sup>1</sup> Citado por J. L. ALBORG en «Historia de la literatura española». Ed. Gredos. Madrid. 1980. Tomo IV. Pág. 17 (nota pie pág. 13).

mundo propio, sustentado en los sentimientos personales, enmarcado en la capacidad irracional.

A principios del XIX la población española era de unos 11.000.000 de habitantes, para alcanzar los 15.000.000 a mitad del Siglo<sup>2</sup>. En una España rural, caciquil y opaca, aparcada en vías muertas del desarrollo y con la voz amordazada por el analfabetismo, los impulsos de la industrialización y el capitalismo alentarán al flujo migratorio una indudable vocación urbana, con el inusitado y vertiginoso crecimiento de ciudades como Madrid y Barcelona, rompiéndose así el fatalismo que impregnaba el horizonte de muchas gentes y bastantes regiones. Ciertamente, se están dando los pasos del Antiguo al Nuevo Régimen; de una sociedad estamental, sustentada en el privilegio, sin resortes para la movilidad intergrupos, a una sociedad clasista, con la propiedad como generador de las nuevas clases burguesas y eje de su ordenación misma. La felicidad como meta abstracta, no mensurable, es substituida por otros elementos externos medibles y objeto del tráfico social, esto es, la propiedad y la riqueza. En definitiva, el liberalismo con sus planteamientos de libertad e igualdad en lo ideológico, con el añadido de la propiedad y, quizás, la seguridad.

De estas transformaciones son conscientes sus contemporáneos, y, además, a juicio de los profesores Artola, Palacios Atard, Martínez Ruiz y otros historiadores del período, lo son también del ritmo acelerado con que se producen (de vértigo, escribe alguno de los citados).

---

<sup>2</sup> IRIS M. ZABALA en «Historia de España». (R. Menéndez Pidal), dirigida por Jover Zamora. Ed. Espasa-Calpe. Madrid. 1989. Tomo XXXV. La literatura: Romanticismo y Costumbrismo, pág. 161.

En su glosa de este tiempo, Pérez Galdós<sup>3</sup> escribe el texto que seguidamente cito:

«El discurso no fue largo, pero sí sustancioso, elocuente y erudito. En un cuarto de hora Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno, y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra expiró en sus labios y se sentó recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo decimooctavo había concluído. El reloj de la Historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizóse en España uno de los principales dobleces del tiempo».

Se estaba refiriendo Galdós, claro es, a la intervención del sacerdote y político Muñoz Torrero en las Cortes de Cádiz, en 1812. Y es que Muñoz Torrero, un hombre de su tiempo, un liberal, profesor en Salamanca, sabe que asiste al derrumbe de la metafísica estática sembrada por Aristóteles y Platón, cuya larga cosecha de siglos se agostará para la siega en este tiempo. El reconocimiento de límites a la razón desde el propio racionalismo, romperá la ecuación universo igual a leyes inmutables, para incorporar otra concepción dinámica, donde el mundo aparece como universo vivo y por lo tanto capaz de transformación. Apropiándome la metáfora de Peckham<sup>4</sup> diría que del universo –máquina se pasa al universo–árbol; dicho de otra forma, de mecanismos fabricados separadamente para ensamblarse luego, a la íntima relación de la rama con el tronco, de éste con la raíz y de todos con la tierra.

En 1836, en el periódico «El Español», escribía Andrés Borrego:

---

<sup>3</sup> Citado por DONEZAR DÍEZ DE ULZURRUN, en «Historia General de España y América». Coordinada por José Luis Cornelias García Llera. Ediciones Rialp. Madrid. 1983, tomo XIV. La España Romántica, pág. 19.

<sup>4</sup> Citado por J. L. ALBORG, Ob. cit. Tomo: IV, pág. 16.

«La España de 1823 no tenía acción, porque era vieja; la España de 1836 no puede estar parada, porque es joven... ¿Hay, pues, algo de común entre la España de 1823 y la España de 1836? Por no haberse comprendido bastante esta diferencia se ha desconocido la marcha del siglo».

Si esto ocurre en lo social, su correlato en lo artístico será el sacrificio de los patrones estéticos en aras de la originalidad creativa; la diversidad frente a la uniformidad; el arte sometido a la razón, sustituido por la emoción intuitiva y la imaginación. En definitiva, el arte quedaba traspasado de poro a poro, del lienzo al mármol, del verso a la partitura por la libertad del aliento romántico. Y si Liberalismo y Romanticismo fueron agujas superpuestas del reloj de aquel tiempo, la libertad fue la manecilla que le diera cuerda, el émbolo más sonoro en aquel motor que impulsara la revolución liberal en España, que alcanzaba en el idealismo de Larra tal intensidad que le lleva a escribir:<sup>5</sup> **«Libertad en Literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra»**. Libertad que, el 2 de mayo de 1808 el pueblo de Madrid cambia por muerte en los terraplenes de la Moncloa; libertad que reivindican Bandos, Proclamas y Convocatorias como aquélla, acaso menos conocida, *Convocatoria que a todos los pastores de España, dirige un mayoral de la sierra de Soria, para la formación de compañías ligeras de honderos*<sup>6</sup> y de la que algún párrafo no me resisto a decir ahora literalmente:

«Amigos y compañeros, con todos hablo, y á todos los Mayorales, Rabadanes y Zagales de todos los rebaños y cabañas de España, llamo y convido á que sepan sino lo saben... Ya habeis oido el run, run de que toíta la gente honrada, y que tiéne verguenza, dempués de echarlos mas

<sup>5</sup> Introducción de Larra a la versión española de «El dogma de los hombres libres».

<sup>6</sup> «Guerra de la Independencia»: Proclamas, Bandos y Costumbres. Edición de SABINO DELGADO, para la Editora Nacional. 1979. Págs. 223 y ss.

maldiciones que pelos tiene mi zamarra, los presigue, y aprieta las javanetas hasta que nos intrieguen á nuestro Señor y Rey verdadero DON FERNANDO VII, que vale mas una escupitina suya, que toita la Francia darriba abaxo...».

(Permítaseme un excursio: ¡Cómo trae esta pieza a mi memoria aquellos versos del poema del Mío Cid: ¡Dios, qué buen vassallo, si oviessse buen señore!).

Libertad y también su obscura réplica de exilio y censura. Cuando el pensamiento, la pasión amorosa, los sentimientos, un simple guiño de modernidad, entran de lleno en el código de actividades subversivas, no es fácil apartar del horizonte el destierro, la prisión o la mordaza. Espronceda, Jovellanos, el Duque de Rivas, Martínez de la Rosa y muchos más que hubieron de abandonar España dan fe de ello. Y también tantos otros, anónimos casi siempre, que aún en este siglo, en el XIX, al practicar la química, la alquimia, un naturalismo precursor o, simplemente, profesar posiciones panteistas, sintieron aquí, en su país, marginación y persecución inquisitorial. Libertad, en fin, que se hace himno en la voz de los poetas:

*«Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad.*

cantaría Espronceda.

## II

Si de sociedad hemos de hablar ahora, bueno será comenzar señalando las dificultades que entraña dibujar con trazo resuelto el límite de las distintas clases que conformaban el modelo. Así es que,

alineándome con posiciones menos ambiciosas, pero tal vez mayoritarias en el tratamiento del tema, plantearé el acercamiento a entidades más anchas que la clase social –de contornos más abiertos, ambiguos también– pero seguramente más propicias a su análisis desde la literatura. El Estatuto Real de 1834, en su Exposición Preliminar, describe la Cámara Alta, el Estamento de Próceres en el que sitúa:

«...a los que se aventajan y descuellan por su elevada dignidad o por su ilustre cuna, por sus servicios y merecimientos, por su saber y virtudes: los venerables pastores de la Iglesia; los Grandes de España, cuyos nombres despiertan el recuerdo de las antiguas glorias de la nación, los caudillos que en nuestros días han acrecentado el lustre de las armas españolas; los que en el noble desempeño de la Magistratura, en la enseñanza de las Ciencias ...

Nos encontramos, creo yo, ante un extenso elenco donde nobleza y aristocracia, la élite de clero y milicia, la alta burocracia en fin, tiene acomodo. Y junto a la persistencia de tradicionales avales de sangre o herencia, la propiedad se erigirá en parámetro conformador del catálogo; convivirán, por cierto, cerca de otras clases encuadrables en estratos inferiores. Las ciudades, en general, tardarán en cambiar su fisonomía urbana, con separación de barrios de distinta posición económico-social. Mesonero Romano, en *Escenas Matritenses*, describe así «su calle»: **«De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle: lujo e indigencia, clásico y romántico, virtudes y yerro, oro y estiércol, y todo en cuatro pasos, como quien dice...»**. Se producirán así ciertas concesiones a las clases altas, que buscan actitudes y comportamientos populares, especialmente para los ocios, tendiendo a suavizar barreras; algunas expresiones colectivas se abrirán por la banda baja a la participación.

Pérez Galdós pone en boca de un personaje de sus *Episodios* esta manifestación:<sup>7</sup>

«En rancho aparte se reúne la aristocracia nueva, producto de la riqueza, de la audacia mercantil o de la usura, mas no veo extremado prurito de separación entre dos firmamentos sociales que pretenden destacarse sobre el vulgo. Hay tangencia y aún inmersiones de unas masas en otras. Yo mismo entro y salgo de esfera en esfera y llevo y traigo ideas de aquí para allá, confundiendo, hibridizando clases».

Sin embargo, la dimensión de esta interrelación ha de contemplarse desde la prudencia. Ayguals de Izco, hacia 1840, nos habla de las tertulias en casa noble como trasunto de establecimientos artísticos y literarios, a diferencia de otras tertulias y saraos donde impera la banalidad y el mal gusto. En semejante dirección. Mesonero Romanos –*Escenas Matritenses*– describe el Paseo del Prado y su geografía dividida:

«Lamentaron que de que por haber paseado del lado de allá habían faltado a la cita con ciertas chicas que les habrían estado esperando del lado de acá».

Pero permítanme que sea Larra quien, mojando su pluma en el tintero de finales de los años treinta, y siguiendo los pasos de un joven, nos cuente, con prosa aguda, su certera visión de la alta sociedad:<sup>8</sup>

«Ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir, esto: que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar, no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo bastante para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta a caballo

---

<sup>7</sup> Citado por DONEZAR DÍEZ DE ULZURRUN, Ob. cit. Tomo XIV, pág. 42.

<sup>8</sup> «Artículos de costumbres». Empeño y desempeño. Edición de LUIS F. DÍAZ LARIOS en Espasa-Calpe. Madrid. 1989. Págs. 95 y 96.

como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid a sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro, no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aún la puede silbar; de este modo da a entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero a fuerza de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano, siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino que lo maltrata; a eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios porque quiere pasar por hombre de luces; pero, en cambio, cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimidor alguno se ha conocido...».

La magnífica pieza periodística de Larra nos pone de manifiesto algunas claves; la primera, desde luego, el estilo del autor: análisis doloroso e incisivo de la realidad; lucidez de juicio; humor amargo; pesimismo y desesperanza. El objetivo principal de la escritura es conmover, excitar la esfera sensible del lector. Es el rasgo emblemático del Romanticismo, ajeno ya a la disposición estética del tiempo anterior, tan preocupado por la armonía y el equilibrio. Pero la clave principal, al objeto de esta intervención mía, es el apunte casuístico con el que Larra va a señalar actitudes sociales, comportamientos de clase, que estarán presentes en la obra de otros autores impregnando buena parte de la escritura de la época, especialmente la literatura de costumbres. En realidad, el retrato que nos pinta del joven calavera, se corresponde con el «Juanito Santa Cruz» al que poco tiempo después daría vida Galdós en *Fortunata y Jacinta*. Que una pedante afectación por lo extranjero se enseñoreaba de tertulias y saraos, parece más que cierto, y no exageración de Larra. Así, Mesonero Romanos escribe en *Las traducciones*:



«La manía de la traducción ha llegado a su colmo. Nuestro país, en otro tiempo tan original, no es en el día otra cosa que una nación traducida... nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo ahora es traducido».

Quizás el colapso intelectual, económico e institucional en el pulso del reinado fernandino tuviera mucho que ver con la fiebre por lo extranjero que Mesonero relata.

Ayguals de Izco,<sup>9</sup> al trazar la semblanza de un joven de «buen tono», algún «primo cercano» del que poco antes nos presentara Larra, escribe:

«Todo su talento limitábase a una afectación ridícula de las costumbres extranjeras. Hablaba de todo con insoportable pedantería, pero cada palabra suya era un dislate, cada idea un absurdo. Sacaba a colación las aventajadas costumbres de París, Londres o San Petesburgo...».

Pero sea otra vez mi devoción por Larra el pretexto para cerrar estas consideraciones. En esta ocasión se trata del retrato de otro joven. Pertenece a la alta burguesía nacida de la riqueza, y su meta es instalarse en la nobleza. A modo de presentación Larra nos dirá que es rico sin ser enteramente tonto; el cuadro es éste:<sup>10</sup>

«Yo no soy amigo de levantarme tarde; a veces hasta madrugo; días hay que a las diez ya estoy en pie. Tomo té y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si a esa hora ha aparecido ya algun periódico, me lo entra mi criado (...) Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre (...) Como a aquellas horas no tengo ganas de volverme a dormir, dejo los periódicos, me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y a la calle (...) encuentro en un palmo de terreno a todos mis amigos (...) compro cigarros en un café, saludo a alguna asomada, y me vuelvo a casa a vestir. ¿Está malo el día?»

---

<sup>9</sup> Citado por IRIS M. ZAVALA. Ob. cit., pág. 163.

<sup>10</sup> Ob. cit. en (8). La vida de Madrid, págs. 256 a 25.

el capote de barragán: a casa de la marquesa hasta las dos; a casa de la condesa hasta las tres; a tal otra casa hasta las cuatro; en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo y de la otra adonde voy: ésta es toda la conversación de Madrid».

La incultura, el adocenamiento, la apariencia de poder, el tiempo repartido entre la calle las tertulias y cafés, la indolencia como emblema, el dinero como aval, pueden ser a mi juicio rasgos de las clases más altas del período.

### III

Decía yo no hace mucho de la remoción de estructuras jurídicas y económicas como signo distintivo del tiempo que analizamos; una compleja gama de gentes ocupará la ancha franja que entre nobleza y proletariado se conforma: son las clases medias; la burguesía mercantil y artesanal; la burguesía agraria; la burguesía que desenvuelve las profesiones liberales; las burguesías todas que nacen, tal vez como producto político, bajo el esquema liberal definido por la libertad, el progreso y la capacidad<sup>11</sup>; burguesía protagonista del Nuevo Régimen. Protagonismo, sin embargo, sacudido por su propia inestabilidad: unos, conscientes de la bisoñez industrial y capitalista del país, vivirán en temerosa vigilia los planteamientos de las capas desfavorecidas; otros, los mejor situados por razón de oficio o fortuna, tratarán de alcanzar títulos de nobleza; a la postre, unos y otros sin asumir decididamente el nuevo espacio ocupado. Larra,

---

<sup>11</sup> N. del A. La capacidad es un valor nuevo, de pronta implantación y frecuente invocación. Es capacidad para resolver los talentos o las riquezas; englobaría los «proletarios decentes» que mencionaba Larra en su conformación de la clase media. El proletario decente sería así el proletario capaz.

otra vez Larra, el implacable observador de aquel tiempo, lo cuenta así:<sup>12</sup>

«La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad; apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su posición, aquí no hay más que clase alta y clase baja. La clase media, compuesta de empleados o proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocracia por la confusión de clases, a la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitación sólo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana a fuerza de elevarse de puntillas».

Donezar Díez de Ulzurrun,<sup>13</sup> citando a José Varela y la descripción que éste hace de la sociedad media castellana, descripción que bien pudiéramos generalizar a toda la nación sin riesgo a distorsionar la imagen, nos dicta esta crónica:

«Era una sociedad satisfecha de sí misma, cerrada e ignorante, formada por gentes que llevaban una vida indolente, que se alimentaban con folletines (...) Habitaban casas poco confortables, que repetían con un orden insufrible (...) Vivían apaciblemente; porque como no fuera comer, pasear y dormir, ‘echar’ una cuenta, cortar el cupón y visitar las tierras, no hacían nada; les duraba la ropa mil años (...) Al mediodía se daban una vuelta, el ‘pasacalle’, para hacer ganas de comer (...) En verano, siesta; en invierno, cabezadilla sobre la mesa del comedor. Por la tarde, iban al casino a ‘jugar la partida’, a criticar a los que no habían podido asistir a la tertulia aquel día y a hablar de política...».

Sociedad, gente al fin, ocupando Paseos donde Mesonero Romanos diferencia lados de acá y de allá; barrios donde las clases se mezclan –se hibridizan, diría el personaje de los «Episodios» galosianos– aunque no tanto, nos apostillaría Ayguals de Izco; casas

---

<sup>12</sup> Ob. cit. en (8). Jardines Públicos, págs. 240 y 241.

<sup>13</sup> Citado por DONEZAR DÍEZ DE ULZURRUN. Ob. cit., pág. 36.

«reducidas, de una o dos enormes piezas, grandes y oscuras, mal distribuídas y combinadas», si son viejas. «Esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones, y surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid», si son de reciente construcción, y que nos pinta Fígaro en su artículo «Las casas nuevas»; pueblo dedicado a los oficios y profesiones que la vida en común demanda: médicos y abogados, artistas y militares, escribanos y arrendadores de diezmo, vendedores de piezas teatrales y de folletines, género éste, por cierto, con importante auge en la época<sup>14</sup>. Junto a ellos, curas y comerciantes, cocheros, zapateros y vagabundos, chulos y coristas, lacayos y un larguísimo etcétera de «modos de vivir que no dan para vivir», como los generalizaría Larra, todo un mundo que produce para vender recorriendo las calles de las ciudades. Traperos, esquiladores, cacharrereros y aguadores, convidados de entierro, ciegos y lisiados que venden pliegos e impresos clandestinos... oficios menudos que, a modo de restos, va dejando la revolución industrial. Pero no resisto detenerme tres renglones para sentar en ellos a un curioso personaje de la época. Se trata del «cesante», casi siempre funcionario menor, oficinista, cuyo mínimo error o caída en desgracia le llevará al paro de entonces, la cesantía, según nos contara Leopoldo Alas en *El Rey Baltasar*, y sobre cuya figura y título incluyera una pieza Mesonero Romanos en *Escenas Matritenses*. Perdido el trabajo, desde ese mismo momento, será ciudadano de doble estatus: cesante y «pretendiente». Con su punzante estilo nos lo presenta Larra:<sup>15</sup>

«Don Periquito es pretendiente, a pesar de su notoria inutilidad. Llévome, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más

---

<sup>14</sup> CASIMIRO MARTI en «Historia de España». (Tuñón de Lara). Ed. Labor, Barcelona, 1988, 20 edición, 80 reimpresión. Tomo VIII. Afianzamiento y despliegue del sistema liberal, pág. 203.

<sup>15</sup> Ob. cit. en (8). En este país, págs. 174 y 175.

empeños que él (...) El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él».

Es una sociedad indolente, tan exageradamente perezosa que «muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto», escribiría Larra en su magnífico *Vuelva usted mañana*, mañana que sigue siendo perezoso cuarenta años más tarde, cuando Leopoldo Alas inicia así *La Regenta*: «**La heroica ciudad dormía la siesta. El viento era caliente y perezoso**». La ciudad, como es sabido, era Oviedo, poco después de la Guerra de la Independencia.

Amiga también de aparentar, el defecto es recogido frecuentemente por la literatura de la época; así, en *Los escaparates*<sup>16</sup>, la mujer que compra un corte de vestido por la mitad del sueldo anual de su marido, o el jovenzuelo que a diario convida en *El café*<sup>17</sup> susurrando al camarero que pronto pagará su deuda. En fin, seguramente caracteres del español medio de siempre. Tan de siempre, creo yo, que si Larra pudiera volver del más allá, guardaría su pistola en el último cajón del escritorio para observarnos divertido.

#### IV

Si con anterioridad apuntaba las dificultades de abordar con precisión las fronteras interclases, he de señalar ahora, con Julio Salom<sup>18</sup>, la borrosa definición del cuadro correspondiente a las masas populares, esa extensa gama del entramado social decimonónico, desde la burguesía hasta el proletariado, oscurecida por la

---

<sup>16</sup> Citado por IRIS M. ZAVALA. Ob. cit., pág. 173.

<sup>17</sup> Ob. cit. en (8). El Café. Págs. 55 y ss.

<sup>18</sup> Citado por DONEZAR DÍEZ DE ULZURRUN. Ob. cit., pág. 69.

peripezia de las clases altas y medias, que tienen mayor protagonismo.

Según Donezar Díez de Ulzurrun<sup>19</sup>, a quien sigo en este punto, en el ámbito rural el estrato inferior se conformaba mayoritariamente por jornaleros, trabajadores dependientes contratados temporalmente. El labrador autónomo constituye una minoría con vocación inestable: la necesidad de préstamos para semillas y ganado le pondrá a merced del mordisco de la usura, considerada como el principal condicionante de la economía campesina; pese a involucrar a toda la familia en el trabajo, con horarios de sol a sol, y aún de noche, termina obligado al anticipo y, con frecuencia, a malvender o entregar en pago de deuda utensilio y ganado para pasar de autónomo a jornalero. Las viviendas, reducidas e insalubres, con cuadras y establos compartiendo tabiques, cuando no puertas o ventanas; la miseria y la enfermedad; jornales vergonzantes aliviados con limosna de alimentos básicos o cereales; en fin, el analfabetismo y la usura provocarán una fuerte corriente migratoria interior, con el resultado del espectacular crecimiento de ciudades como Barcelona o Madrid, ya comentado.

En el ámbito urbano las cosas no eran esencialmente diferentes para las clases a que me estoy refiriendo. De los trabajos, oficios y ocupaciones, algo se ha dicho al tratar de las clases medias: lléguese a las zonas más bajas de aquel catálogo y allí estará ocupada esta masa popular; añadir, desde luego, el obrerismo fabril y el elenco quedará cubierto. Casas y fábricas adolecerán de condiciones de habitabilidad; la explotación de la infancia, hacinada en ambientes irrespirables, como las filaturas de algodón en Cataluña o los telares de Levante; horarios de quince y más horas de trabajo; una paupérrima alimentación donde la carne se reducía a la llamada «carne

---

<sup>19</sup> DONEZAR DÍEZ DE ULZURRUN. Ob. cit., págs. 66 y ss.

de sábado», esto es, despojos y grasas, que acompañarán al tocino y el pan, fundamentos evidentes de las epidemias de tisis pulmonar, tifus, calenturas, cólera y otras enfermedades, además de una endelez constitucional endémica.

En este marco, la formación de una conciencia obrera y su talante reivindicativo y solidario estaba cantado. En la literatura se dan los presupuestos esenciales para el nacimiento de la novela social. Iris Zavala ubica el momento en los años treinta<sup>20</sup> y señala a Wenceslao Ayguals de Izco como su principal cultivador.

## V

Esta España decimonónica que trato de mostrar a través de su literatura, careció durante las primeras décadas del siglo de una institución general consagrada a la seguridad y protección públicas en los caminos y despoblados. La abundancia incontrolada de malhechores obligó al empleo de tropas del Ejército, que guardaban con destacamentos ciertos puntos de las carreteras, escoltaban presos y convoyes, vigilaban algunos edificios, etc., medida que aun beneficiosa, se mostró insuficiente. La situación, por insostenible, forzó a Fernando VII a intentar el modelo de gendarmería francesa que había conocido durante el exilio, modelo que a punto estuvo de cuajar en 1820 con el nombre de Legión de Salvaguarda Nacional, presentado y defendido en las Cortes por el Ministro de la Guerra, el primer Duque de Ahumada, entusiasta con su proyecto, pero incapaz de vencer las reticencias parlamentarias para adoptarlo. Sería veinticuatro años más tarde, agravada la situación general de la seguridad, y muy especialmente en los ámbitos rurales, que el

---

<sup>20</sup> «Socialismo y literatura: Ayguals Izco y la novela española». IRIS M. ZAVALA en *Revista de Occidente*, 80, 1969, págs. 167 a 188.

segundo Duque de Ahumada, don Francisco Javier Girón y Ezpeleta, acertara a reformular y proponer el proyecto que, en 1844, por Real Decreto de 8 de mayo de la Reina Isabel II, y con el nombre de Cuerpo de Guardias Civiles, cristaliza y procura una institución de seguridad a la sociedad española, con presencia permanente en las zonas rurales del país.

Pero si esta intervención mía pretende, y así la rotulo, decir de la sociedad española en la época fundacional de la Guardia Civil, expuestas ya las motivaciones sociopolíticas para su creación, bueno será dedicar algún tiempo a una breve incursión sociológica acerca de los primeros pasos de esta institución de nueva planta en la España de finales de la cincuentena primera del siglo XIX. Y en ese propósito, no creo de más formular esta pregunta: ¿Qué talante, qué extracción social se buscaba y qué profesional se quería para la nueva institución? La respuesta emerge reveladora a poco que nos adentremos en la literatura corporativa, o sea, en las circulares que el fundador del Cuerpo dicta al compás de los primeros despliegues de la implantación; circulares, algunas de tanta trascendencia, que se trasladan íntegramente a la Cartilla, ese corpus heterogéneo, donde normas éticas se funden con disposiciones para el servicio, directivas técnicas para el uso de las armas o prevenciones para la vida en la casa cuartel.

El profesor Martínez Ruiz apunta que la recluta y organización que Ahumada pretende se centra en tres órdenes diferentes: en primer término, diseña una tipología humana definida por un individuo con una talla algo superior a la media, no analfabeto, pues tendrá que leer y escribir, y que haya llevado una vida honrada. En segundo orden se quiere para la reciente institución una imagen nueva, distinta, definida por el buen porte, la cortesía y el comportamiento de sus miembros. En tercer lugar se marcarán unos perfiles éticos,



una manera de vivir que podemos relacionar con la forma de entender la vida las clases medias del siglo XIX.

En cuanto a los conocimientos y capacidades exigibles para el desempeño profesional, cito ahora una jornada en la instrucción de aquellos nuevos servidores públicos, texto que traigo literal de una de las circulares de Ahumada. Dice así:

Se tocará diana a las cinco de la mañana lo más tardar para que se levanten, asean y bajen a las seis al patio del cuartel, donde se les pasará revista por un Subalterno y se pondrán a estudiar la lección de la Cartilla que se les habrá marcado el día anterior. Esta ocupación durará hasta las siete, a cuya hora se les tomará la lección de memoria, explicándoles el sentido de cada artículo, en lo que se emplearán hasta las nueve. A continuación se les servirá el primer rancho y tendrán libre hasta las once para que limpien su armamento, correaje y vestuario. A las once entrarán en la escuela de primeras letras; en ella, los que no estuvieren bien al corriente en leer o escribir, se perfeccionarán, debiendo la lectura ser siempre en la cartilla... Los que estén corrientes en leer y escribir, se ocuparán en la redacción de partes sobre los casos que les dará el oficial instructor, o en la formación de sumarias, en lo que se ocuparán hasta la una, en que se servirá el segundo rancho... A las tres volverán a reunirse en el patio para estudiar el Reglamento del Cuerpo hasta las cinco, pues a dicha hora se tocará lista y concurrirán armados y con el sombrero para hacer durante media hora instrucción con el arma terciada. La cena será a las seis y a las siete volverán a estudiar el Reglamento, cuya lección se les tomará media hora más tarde. De ocho a nueve se les explicarán casos prácticos, forma de pedir los pasaportes, modo de saludar, tratamientos y los preceptos de urbanidad. El toque de silencio sonará a las diez y acto seguido se acostarán.

Finalizado su aprendizaje, el Guardia Civil es devuelto a su medio de procedencia, al campo, donde, como escribe el profesor Martínez Ruiz en su *Historia de la Guardia Civil*, prestará servicio asistido por su uniforme, su «saber» y su conducta. Y añade

Martínez Ruiz que no es difícil imaginar la impresión que un Guardia causaría entre los lugareños cuando abriera su mochila y sacara papel, pluma y tintero para rellenar un parte de incidencias, tomar declaración o cualquier otro motivo.

De vuelta pues a su medio de procedencia, el nuevo cuerpo militar destinado a procurar seguridad vivirá en las casas cuartel, fórmula de alojamiento militar absolutamente novedosa, ya desde la propia terminología: casa y cuartel bajo un mismo techo. La expresión no aparece en los documentos de creación ni en las circulares iniciales, pero tampoco se demora. Se utiliza por primera vez en el Reglamento para el servicio, de octubre de 1844, es decir, cinco meses después del texto fundacional. Sin embargo, la preocupación por el alojamiento de los Guardias, supeditado desde luego a razones de despliegue, estará desde el comienzo en la preocupación del Duque de Ahumada. En tal sentido, mediante una circular de diciembre de 1845, un año después de la fundación, se dice a los Jefes de Tercio: **Siendo el acuartelamiento uno de los puntos de mayor interés y que más llama mi atención por lo urgente que es que cuanto antes se complete, remitirá mensualmente relación del personal alojado...** asunto que seguiría en la preocupación principal de Ahumada ocho años más tarde cuando en circular de 1853 se manifiesta así de contundente: **Después del sustento para el Guardia nada hay más importante que la casa cuartel de la línea en que han de sufrir los rigores del invierno.**

El acoplamiento en poblaciones grandes, urgido casi siempre por razones perentorias del despliegue, supeditará compartir en ocasiones edificio con otras instituciones, o bien ocupar viejos conventos, fruto sobre todo de la Desamortización de Mendizábal, o inmuebles abandonados por sus incómodas condiciones de habitabilidad. Si así ocurría en las grandes poblaciones, en el ámbito rural,

para los puestos, integrados por media docena de guardias, se alquilaría una casa debidamente situada para que sus ocupantes atendieran lo mejor posible las exigencias del servicio. Y como el alquiler de estos inmuebles no resultaba fácil, pues se trataba de instalar un nuevo cuerpo cuyo devenir era una incógnita en un siglo y país poco dado a la estabilidad institucional, la distribución de la fuerza en casas particulares resultaría frecuente, experiencia ésta, en tan delicados momentos cuales eran la llegada de una milicia nueva, sin otro precedente que la forzada admisión de soldados durante las campañas, y con los inconvenientes e incomodidades que a la intimidad familiar se ocasionaban, esta forma de alojamiento no presagiaba comprensión y facilidades. Ahumada, general experimentado en el mando, advierte lo espinoso de la circunstancia, el papel negativo que unos pocos podían jugar para el buen nombre de la naciente institución, y no mengua un ápice en sus exigencias de honorabilidad y rectitud para admisión de la recluta. De esta preocupación traen causa algunos de los mandatos emblemáticos de la Cartilla, por entonces en trámite de redacción, así los que dicen: **«El guardia civil ha de ser un dechado de moralidad. Las vejaciones, las malas palabras, los malos modos nunca debe usarlos ningún individuo que vista el uniforme de este honroso Cuerpo. Incluso, en un exhaustivo empeño por que nada quede ajeno a la reglamentación, aquel artículo que advierte: no entrará en ninguna habitación sin llamar anticipadamente a la puerta y pedir permiso... olvidando absolutamente la denominación de patrón o patrona, que comúnmente suelen usar todos los soldados...»**

Si así la recluta y exigencias formativas, seguramente nada extrañará el artículo que intercalaba el «Diario de Barcelona» de 28 de diciembre de 1844, es decir, sólo seis meses después de la fundación. El documento periodístico es éste:

Dice haber observado en los Guardias Civiles ciertos actos de atención,

ciertos modales que han sido tanto más de su gusto cuanto menos acostumbrado está hasta ahora a verlos en los dependientes que intiman órdenes en nombre de la autoridad...; que en las puertas, para pedir el pasaporte a los transeúntes observan las mismas formalidades, y en el modo de presentarse en público hay cierta dignidad que indudablemente les conquistará el aprecio de las gentes honradas. Según tiene entendido, a los Guardias Civiles se les impone el deber de conducción siempre en términos atentos; se les educa, se les enseña hasta el modo de saludar. ¿Por qué no podría hacerse otro tanto con los quintos y sobre todo con los alguaciles y demás dependientes de las distintas autoridades?.

De aquella Cartilla, con el vocabulario y sintaxis originarias, son los enunciados que ahora diré, enunciados cuyo trasunto último, cuya intención e inspiración creo vigentes después de 158 años; textos que siempre que leo me enorgullecen y conmueven en igual medida, pues me señalan de donde vengo y de quien soy heredero:

El Guardia Civil no debe ser temido sino de los malhechores; ni temible, sino a los enemigos del orden. Siempre fiel a su deber, sereno en el peligro, y desempeñando sus funciones con dignidad, prudencia y firmeza, será más respetado que el que con amenazas solo consigue malquistarse con todos.

Procurará ser siempre un pronóstico feliz para el afligido, y que a su presentación el que se creía cercado de asesinos, se vea libre de ellos; el que tenía su casa presa de las llamas, considere el incendio apagado; el que veía a su hijo arrastrado por la corriente de las aguas, lo crea salvado; y por último siempre debe velar por la propiedad y seguridad de todos.

Cuando tenga la suerte de prestar algún servicio importante, si el agradecimiento le ofrece alguna retribución, nunca debe admitirla. El Guardia Civil no hace más que cumplir con su deber; y si algo debe esperar de aquel a quien ha favorecido, debe ser solo un recuerdo de gratitud.

Y todos estos principios como paneles colgados en los muros de la conciencia, pilares del frontispicio del honor como valor inspirador de vida y profesión.

## VI

Permítaseme una reflexión final.

Sobre la literatura de aquel tiempo en general, y la poesía en particular, mucho se ha escrito, y poco laudatorio casi siempre. Buscándole argumentos, se aducen razones diversas pero con un rasgo común: si la literatura no es sino una manifestación más de su tiempo, a un tiempo romo, escasamente creativo y tributario de lo extranjero, con lo mejor del arte en el exilio o el destierro y la censura como arma en el interior, a ese tiempo artísticamente desarmado, no cupo otra literatura. Quiero negar calidad axiológica al argumento. Abundantes ejemplos de lo contrario pueden encontrarse en la historia de la literatura, pero como poeta, discúlpenme invoque a otros poetas, porque son ellos, tantas veces, claro ejemplo de luz en la oscuridad, palabra que prende en los troncos secos y se hace brasa. Poetas perseguidos o censurados, poetas cautivos de sí mismos, que tampoco es buena cárcel, en fin poetas malditos. Cinco siglos antes de este tiempo que analizamos, antes del XIX, un exiliado político sobre el que pendía condena de muerte, sin otro equipaje que la interior devoción por una adolescente, Beatriz Di Portinari, aquel poeta que llamaron Dante Alighieri, El Dante, ocupaba sus soledades e infortunios en crear una obra cimera de la poesía universal: *La Divina Comedia*.

En el siglo y décadas objeto ya de esta intervención, es decir la primera mitad del siglo XIX, denostado y zaherido, escribiría sus versos en Francia Charles Baudelaire, aquel poeta maldito de *Las flores del mal*. Y también en ese tiempo, bajo el signo de la depresión, atrapado en el alcohol y la pobreza, vagabundo por callejuelas de Baltimore, escribía su desgarradora y alta poesía Edgar Allan Poe.

No muchos años después, otro maldito, un oscuro funcionario de la Oficina de Riegos en Alejandría, Constantin Kavafis, alcanzaba el cénit de la poesía griega contemporánea. Suyos son aquellos versos:

*En un oscuro paraíso los demás hombres  
siguen a tientas un camino arduo.*

Por entonces también, a la edad de siete años, queda huérfano de padre Fernando Pessoa. Al dejar su Lisboa de los juegos de niño para marchar a las colonias, se convertirá en el poeta de la angustia y el desasosiego, el más grande poeta lusitano de los últimos tiempos. Nos dejaría estos versos:

*Quien quiere poco, tiene todo,  
quien quiere nada es libre;  
quien no tiene, y no desea,  
siendo hombre es igual a los dioses.*

Y aquí, en España, en la Sevilla de 1836, nacía Gustavo Adolfo Bécquer, uno de los poetas mayores en lengua castellana. El posromanticismo en la lírica y el realismo narrativo llamaban a la puerta de la segunda mitad del siglo. Pero ésa es otra historia, tal vez para otro día y otra ocasión.